

+++++

SERMON

DE LA CONVERSION

DE SAN AGUSTIN.

*Ubi abundavit delictum , superabundavit & gratia.* Ap. ad Rom. 5. v. 20.

Aunque no hay cosa mas opuesta à la gracia que el pecado, muchas veces la permision de éste, ha sido, al parecer, como un antecedente, para alcanzar aquella, pudiendose decir, que para hacer Dios mas visible su misericordia y poder, se ha complacido en convertir à los mayores pecadores de la tierra, haciendo de ellos los mayores Santos de su Iglesia. Vemos que mudó à Magdalena pecadora en Magdalena penitente; y que de una muger sumergida en los placeres, hizo una de las mas ilustres de sus amantes. Vemos que à un Saulo, perseguidor de los Christianos, y que con el odio en el corazon, las amenazas en la boca, y las armas en la mano, intentaba degollar à la Religion christiana en su misma cuna, le convierte en Maestro de los Gentiles, y en Apostol del Universo. Y para no molestarnos, vemos en este dia, que observando su Magestad la misma conducta, convirtió à Agustino, haciendo de un hombre sepultado en el error y en los placeres, el Doctor de la gracia, y el defensor de la

ver-

ver-

ver-

verdad; pudiendo decirse de él: *Ubi abundavit delictum, superabundavit & gratia*; esto es, que en el mismo hombre, en que tan absolutamente habia reynado la culpa, triunfó mas dichosamente la gracia. Pero habiendo sido esta conversion una de las principales obras del Espiritu Santo, roguemosle nos descubra sus maravillas; y respecto de que obró este milagro por los ruegos de una madre piadosa; valgamonos nosotros de otra, cuya intercesion es mas eficaz, à fin de conseguir el referido favor, diciendola con el Angel:

AVE MARIA.

De quantas conversiones solemniza nuestra Madre la Iglesia, la mas prodigiosa, à mi parecer, fue la de San Agustin. Porque mirad: La conversion de la Magdalena se obró en un momento, y solamente le costó à Jesu-Christo una mirada; pues al punto que puso en ella los ojos, se postró à sus pies, los lavó con sus lagrimas, los enjugó con sus cabellos, dandole ciertisimas señales de su dolor y de su amor. La conversion de San Pablo, fue, sin duda, mas ruidosa; pero fue menos difícil: porque Jesu-Christo apareció entre relámpagos y truenos, y no pronunció mas que una sola palabra; y al punto echó por tierra à este enemigo, haciendole soltar el odio del corazon, y las armas de las manos. Mas la Conversion de San Agustin fue la obra de muchos años, y el Hijo de Dios quiso, al parecer, descubrirnos en ella todas las debilidades de la naturaleza, todas las malicias del pecado, y todos los esfuerzos de la gracia; porque ni se ha visto hombre mas laxo, ò pecador mas obstinado que Agustino; ni tampoco gracia mas

ilus-



ilustre, mas atractiva, mas frecuente, ni mas fecunda, que la que triunfó de su libertad, sin violentarla. No hay que extrañar fuese esta empresa mas dilatada y difícil, que las referidas; y por consiguiente, que Agustino le costase mas (digamoslo asi) al Hijo de Dios, que Pablo, y que Magdalena: porque en ésta, solamente combatió el poder divino à una muger sumergida en los placeres, que por lo mucho que se amaba á sí misma, trató hacerse amar de otros, adquiriendo de este modo esclavos y amantes à un mismo tiempo. En aquel, esto es, en Pablo, solo combatió à un perseguidor, à quien un zelo, lleno de ignorancia y de furor, animaba contra la Iglesia. Pero declarando guerra à Agustino, se la declaró à todos los monstruos juntos; porque además de que este pecador ardia en un amor impudico como Magdalena, y estaba animado contra la Iglesia como Saulo, tenia tambien la vanidad de un Filosofo, y la obstinacion de un herege. Y asi, en un solo hombre hallaba el Hijo de Dios toda suerte de enemigos; por lo que emprendiendo la conversion de Agustino, emprendia, al parecer, la de todos los pecadores. Por este motivo fue necesario emplear tantos años, usar de tantos artificios, y valerse de tantas razones para combatiarle y vencerle. Mas despues que la gracia triunfó de tan fuerte enemigo, pudo gloriarse justamente de haber dado vista à un ciego, libertad à un esclavo, salud à un enfermo, y vida à un muerto. Veamos, pues, todas estas maravillas, notando con discrecion, al mismo tiempo, las miserias de Agustino, y las riquezas de la gracia.

## PUNTO PRIMERO.

Es el pecador un ciego, cuya ceguedad tiene tres causas: las tinieblas del pecado, la malicia del demonio, y la Justicia de Dios. Las tinieblas del pecado; porque no siendo éste otra cosa, que una aversion de Dios, que es la verdadera luz, es forzoso que ofusque à las almas que posee, haciendo ciegos à todos sus esclavos: *Eratis aliquando tenebræ*. La malicia del demonio; porque no solo ofusca la razon ò entendimiento de sus esclavos, sino que mas cruel que los Filisteos, que solo privaron à Sanson de los ojos del cuerpo, él priva de los del espiritu à todos los que vence. La Justicia de Dios; porque espasce justisimas tinieblas sobre nuestros injustos deseos, y tratandonos como à los Egypcios, que no veian la luz en la mitad del dia, retira su gracia, y permite que el pecado nos ciege: *Spargens pœnales cœcitates super illicitas cupiditates* (a).

Estas tres causas tan extrañas habian cooperado à la ceguera de Agustino. Su pecado, asi original como actual, apartandole de Dios, que es la primera verdad, le habia empeñado en el error y en la mentira, que son las tinieblas del espiritu. El demonio, que se habia hecho dueño de su corazon, le habia sacado los ojos del alma, y reducido à un tal estado, que no era capáz de discernir la verdad de la mentira, ni el vicio de la virtud. Dios, en fin, que nõ dexa ofensa alguna sin castigo, le habia abandonado à sus deseos, y permitido, que el pecado y el demonio que

(a) Aug. 1. Conf. cap. 18.



le poseían, le cegasen miserablemente. Y así Agustino, sin embargo de las grandes luces que debía á la naturaleza, pasaba la vida entre tinieblas, sin conocer á Dios, ni á sí mismo. Sí. Este vasto espíritu, que entendia, sin necesidad de interpretes, á Aristoteles y á Platon; que penetraba todos los secretos de la naturaleza, y que comprehendia todos los misterios de la Política, era un ciego horrible en todo lo concerniente á la Moral y á la Teología. No conocia á Dios, pues juzgaba que era el alma del mundo, y que las partes de la divinidad correspondian á las partes del Universo. Creía, no menos por ignorancia que por orgullo, que Dios era causa del pecado; que el hombre no era culpable por no ser libre; y que no debía temer castigos, pues no era dueño de sus acciones. Así lo confesó el mismo Agustino, quando iluminado por la gracia, decia á Dios con terminos tan humildes como eloqüentes: mi error era, Señor, mi divinidad; y así el Dios que yo conocia, no era el Dios verdadero, que adoro al presente, sino un vano idolo, que mi ignorante y soberbio espíritu se habia forjado: *Error meus Deus meus: non enim tu eras, sed vanum phantasma* (a). Y por consiguiente se podia decir de Agustino, lo que despues dixo el mismo Santo de Virgilio; que como el Dios que adoraba era falso, el Poeta que le hacia hablar, no podia ser verdadero: *Sicut Deus falsus erat, ita mendax vates erat* (b).

Pero si Agustino estaba tan mal informado de lo perteneciente á Dios, no era mejor instruido de lo que respecta al hombre; porque todavia ignoraba, que

su

(a) Lib. 4. Conf. c. 7. (b) Aug. de Civit. D. A. III

su pecado precede á su nacimiento; que es pecador antes que racional, y que no hay momento en su vida, en que pueda asegurar que no es pecador, respecto de que fue concebido en el pecado: *Si in peccatis conceptus sum*, decia despues de convertido, *ubi vel quando innocens fui?* Tenia asimismo vanidad en ser malo, y haciendo guerra á los impulsos ò sentimientos de la naturaleza, que ha llenado de vergüenza á la culpa, para que nos horroricemos de ella, Agustino se gloriaba ò se jactaba aun de aquellos mismos pecados que no habia cometido, para hacerse mas ventajoso entre los compañeros de sus desordenes, como confiesa, y de que se acusa el mismo Santo. ¡Puede darse ceguedad mas horrible, que la de gloriarse de su propia confusion! ¡que el tenerse por mas ilustre ò considerable por ser mas delinqüente! ¡que el fingir, ò afectar delitos, por temor de que siendo mas inocente ò menos culpado, se haria de él menos estimacion; ò mas desprecio! ¡Ah! No hay cosa, decia el mismo Santo despues de haber abierto los ojos por la gracia, no hay cosa mas vergonzosa que el pecado; y sin embargo, yo le cometa; Señor, por evitar la vergüenza. Y para igualarme con los mayores delinqüentes, fingia delitos que no habia cometido; pareciendome, que si llegaba á ser tenido por mas justo, ó por mas casto, que mis compañeros, perderia la reputacion que ya habia adquirido por mis liviandades, y disoluciones. ¡Puede llegar á mas la ignorancia! ¡puede la razon hallarse mas ofuscada en un hombre, quando ignora el mal que comete, que quando se jacta del que ha cometido, ò se gloria del que no ha practicado, á fin de que una falsa culpa le adquiera una verdadera reputacion!

Pues este era el miserable estado, á que el Demonio



nio habia reducido à Agustino, quando la gracia, disipando poco à poco sus tinieblas, le hizo conocer la hermosura de la virtud, y la fealdad del pecado. En primer lugar, le arrancó de entre las manos de la mentira; y descubriendole la vanidad que acompaña à la heregia, le hizo abandonar los errores de Manes, aun antes de abrazar la fé Catolica: *Nondum veritatem adeptus, sed jam falsitati ereptus* (a). Empezó à conocer, que el pecado era obra de la voluntad ò libre alvedrio; y que siendo el hombre espontaneo ò libre en todas sus acciones, se hacia culpado; siempre que quebrantaba los preceptos de su Soberano. Reconoció asimismo que el hombre era mendáz; y que quando pronunciaba alguna verdad, era el mismo Dios el que dirigia su espíritu, y hablaba por su boca: *Quid est homo? Omnis homo mendax; si verax, non de suo, sed de Deo est* (b). Confesó, finalmente, que el hombre por sí mismo podia llegar à ser criminal y miserable; pero que para recobrar su inocencia y su felicidad, necesitaba precisamente de la gracia de Dios. Que solamente podia esperar su dicha de aquel, de quien habia recibido la vida; y que siendo Dios el Supremo y Soberano bien, con solo poseerle era el hombre dichoso, y con perderle, se hacia infeliz y miserable: *Hoc adeptus fit homo beatus, hoc amisso fit miser* (c).

Y asi como quanto mas se levanta el Sol sobre nuestro Horizonte, tanto mas distribuye sus luces sobre nosotros; asi la gracia comunicaba mas luz al alma de Agustino, quanto mas se iba entrando è

(a) Lib. 6. Conf. cap. 1. (b) Aug. in Psal. (c) Aug. l. 2. de lib. arb. cap. 2.

insinuando en ella. Por cuyo motivo, después que se reconoció à sí mismo, empezó insensiblemente à conocer à Dios; à descubrir sus perfecciones; à penetrar sus mysterios; y à abismarse en aquel Oceano de grandezas, y de maravillas. Entonces fue, quando percibió que Dios era un puro Espiritu sin nada de cuerpo; que llenaba todo el mundo sin ser comprendido por el mismo mundo; que estando todo en cada parte ó lugar, está todo en todas ellas; que posee todas las perfecciones de los cuerpos, y de los espíritus, sin contener alguno de sus defectos; que obra como los Angeles, sin padecer la inquietud ò movimiento, que tienen los Angeles para obrar; que conoce lo que ellos conocen, sin estar expuesto à dudas, ni à errores, como lo están ellos; que está presente en todos los lugares, y en todos los tiempos, pero sin antes ni después, y sin necesidad de moverse; que aunque no hay en él partes como en los cuerpos, se puede decir, que todo él es manos, porque lo puede todo; que todo él es pies, porque lo anda todo; que todo él es ojos, porque todo lo vé: *Totus pes quia ubique est, totus manus quia omnia potest, totus oculus quia omnia videt* (a).

Después de haber así descubierto ò conocido las grandezas de Dios, descubrió sus mysterios en la Sagrada Escritura, y sus admirables disposiciones en orden à la salvacion, y à la ruina de los Angeles, y de los hombres antes que criase à unos ni à otros. En este espejo sin mancha, aunque no sin obscuridad, fue, sin duda, donde aprendió todos los mysterios de la predestinacion, y de la reprobacion, de la caída del



hombre por la culpa, y de su restauracion por la gracia. Por manera, que el mas ignorante (en estas cosas) de los hombres, vino à ser el mas sabio de los Padres; pues tan altamente conoció las verdades de la Religion Christiana, que Volusiano llegó à decir, que no habia en la Ley de Dios cosa que Agustino ignorase: *Legi Dei deest quicquid contigerit Augustinum ignorasse* (a).

Aprovechemonos, Señores, de la miseria de este gran Santo, y veamos nuestra ceguera en la suya. Confesemos, que nuestro estado es el mismo, à que la culpa le habia reducido, antes que la gracia le hubiese iluminado. Era pecador, y no lo creía; porque el Demonio que le habia vencido, le habia cegado, y privandole del uso de la razon, le habia persuadido que el crimen era honroso. ¿Y qué, no hemos llegado tambien nosotros à este cúmulo infeliz? Sí. Porque somos culpables, y no lo conocemos; estamos sumergidos en los placeres, y no juzgamos, ò no nos tenemos por voluptuosos; estamos ardiendo en llamas impuras, à vista de aquellos objetos, que lisonjean nuestra vista, y pierden nuestra alma, y nos parece que no somos impudicos. Traspasamos todas las leyes de la justicia, y de la caridad por adquirir riquezas, y juzgamos no ser avaros. Buscamos en todo el honor y la gloria, dando continuos inciensos à este idolo, y no nos reconocemos por sobervios. Y lo que es mas deplorable, y digno de llorarse con lagrimas de sangre, somos pecadores, lo conocemos, y con todo eso hacemos vanidad de serlo. Uno se gloria de haberse vengado de su enemigo, y haberse

sa-

(a) Volusian, tom. 2. Epist. 2.

satisfecho de una injuria que de él habia recibido: otro se jacta de haber seducido à una muger, y hace pasar un horrible delito, por una ilustre conquista. Pero el mas culpable, sin duda, y mas ciego, es aquel que, como Agustino, se gloria de un pecado que no ha cometido; juzgando que un hombre es mas glorioso, quanto es mas delinquente. Recurrámos, pues, à la gracia, quien despues de haber disipado las tinieblas de Agustino, como habeis oido, rompió tambien sus cadenas, dandole libertad, como ahora oíréis.

## PUNTO SEGUNDO.

Muy infeliz, à la verdad, es la condicion de un pecador; porque no solamente el pecado le hace ciego, sino que le hace esclavo, privandole de la facultad de disponer, no de los miembros del cuerpo, pero sí de las potencias del alma. Y asi, el Evangelio nos dice, que todo el que comete el pecado, es esclavo del pecado: *Qui facit peccatum servus est peccati* (a). Esta servidumbre es otro tanto mas vergonzosa, quanto es voluntaria, y el hombre que la padece, se fabrica cadenas de todas sus inclinaciones; tiene otros tantos Señores como deseos; no goza jamás un momento de libertad, y en qualquier parte ò situacion que se halle, siempre lleva consigo su tyrano. Y ved aqui el estado deplorable en que las culpas habian empeñado al miserable Agustino. El era, sin duda, el primer autor de su desgracia; y como confiesa él mismo, sus deseos eran las cadenas que le tenian aprisionado, y que por mas que suspiraba baxo de su

pe-

(a) Joann cap. 8. v. 34.



pesadez, le faltaba la voluntad; y por consiguiente, la esperanza de recobrar su libertad: *Ego suspirabam ligatus non ferro alieno, sed ferrea mea voluntate*. Su pecado, abusando de su costumbre, habia tomado tal dominio sobre su voluntad, que reynaba en ella como un tyrano, que por una conducta increíble, si no se experimenta, se hacia amar y temer à un mismo tiempo: *Acceptit in me sceptrum vesana libido, & ambas manus ei dedit*.

El Demonio, en fin, aprovechandose de su inaccion, habia acrecentado su desdicha, y haciendose dueño de su voluntad, la habia echado una cadena, con la qual llevaba por todas partes como en triunfo al miserable: *Velle meum tenebat inimicus, & inde mihi catenam fecerat, & constringerat me*. ¿Habeis visto jamás esclavo mas infeliz, ni mas culpable? Mas culpable, digo, porque él mismo confiesa que su servidumbre era voluntaria; que los principios de ella habian sido libres; y por consiguiente, que este cautiverio se lo habia él procurado. Era asimismo el esclavo mas infeliz; porque habia renunciado yá hasta la esperanza de su libertad; sus yerros eran tan pesados y tan fuertes, que no podia llevarlos, ni romperlos, y habiendo caído en el abismo de la desdicha por los grados de la inclinacion y de la costumbre, se hallaba ultimamente en la funesta necesidad de perseverar en el pecado: *Et dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas*.

Mas el Cielo se compadeció de este infeliz, y mirandole con ojos favorables, le concedió la libertad à tiempo que él habia perdido la esperanza, y aun el deseo de ella: *Liberatur à gratia voluntas, ut verè sit libera*. La gracia, digo, cuyo principal efecto es el de libertar à los cautivos, y poner en li-

libertad à los esclavos, restableció aquellas fuerzas, que el pecado habia entorpecido, y casi aniquilado; y le hizo ver, que nada es imposible à los que ella socorre, respecto de que tantas Virgenes joyenes habian con su favor triunfado de los placeres: *Non poteris tu quod isti & istæ? projice te securus in Deum, excipiet te, & sanabit te*. La que habia subministrado estos exemplos, le dió tambien las fuerzas: *Quæ præbuit exemplum, præbuit & auxilium*. Con este socorro, pues, empezó Agustino à romper sus cadenas, à combatir sus inclinaciones, y à vencer sus liviandades. Confiesa, que su libre alvedrio fue extrahido del profundo abismo de la servidumbre, en que se habia precipitado; que con voluntad y con placer se sujetó al yugo del Señor; y que tuvo otro tanto gozo en dexar las dulzuras terrenas y caducas, que acompañan al pecado, como temor habia tenido en algun tiempo de perderlas.

Expliquemos con sus mismas palabras todas estas verdades; y admiremos à un mismo tiempo los funestos estragos del pecado, los maravillosos efectos de la gracia, y los justos reconocimientos de Agustino. Decidme, Redentor mio, ¿dónde estaba por tanto tiempo éste mi libre alvedrio, y de qué abismo secreto y profundo le sacasteis en un momento, para sujetar mi orgullosa cerviz à la dulzura de vuestro yugo, y someter mis ombros à la carga que imponéis à los que os sirven? Y admirando despues la suavidad victoriosa de la gracia de Jesu-Christo, confiesa, que con todo gusto detestó los placeres; que rompió sus yerros sin violencia; que pelcó sin hacer esfuerzos; y que venció sin trabajo todos aquellos agradables enemigos, que le fascinaban con sus encantos. Pero al mismo tiempo dá una admirable razon de todo esto. Confiesa, pues, que en-



entrando Dios en su alma, arrojaba de ella todos estos infames gustos, y lo explica de este modo: Vos, Señor, ocupasteis su lugar: Vos, digo, que sois mil veces mas dulce, que todos los placeres, mas no para los carnales; que sois mas resplandeciente que el Sol, pero no para los ciegos: Vos, en fin, que sois mas grande y ensalzado que la gloria, mas no para los soberbios que se glorifican en sí mismos. ¡Ah! Desde aquel momento, Señor, mi corazon fue libre de aquellos deseos que me roían, hallandome dichosamente desprendido de la ambición, que tyrinizaba mi alma, de la avaricia que la atormentaba, de la impudicia que aguijoneaba mi carne, por las comezónes acompañadas del placer y del dolor. De este modo explica Agustino su victoria.

Y así, no os excuseis ya, impudicos, con la pérdida de vuestra libertad, ni con la pesadéz de vuestras cadenas, puesto que Agustino rompió las suyas. Recurrí, quiero decir, á la misma gracia, que á él le libró; gemí como él desde el abismo de vuestras miserias; referí á Dios vuestros deseos, y sentimientos; confesadle vuestros pecados con humildad; forma d de ellos desagrado y dolor; y no dudéis, de que aquel que dió la libertad á Agustino, os libertará de vuestra servidumbre, y juntamente os sanará de vuestras enfermedades, así como á él le sanó de las suyas, como voy á manifestar.

### PUNTO TERCERO.

Tiene el alma sus enfermedades del mismo modo que el cuerpo; porque despues que el hombre se hizo delincuente, enfermó en todas las partes de que se compone. El espíritu se llenó de errores, que causan su ceguera; la memoria se hizo infiel, y por un ex-

tra-

traño capricho, que es castigo de nuestro pecado, olvidada los beneficios, y solo se acuerda de las injurias; la voluntad es obstinada en el mal, è inconstante en el bien. Todo la espanta, quando es necesario abrazar el partido de la virtud; y nada la admira, quando se trata de defender los intereses del pecado. En suma, el hombre se hizo tan enfermo, que fue preciso, que aquel que fue su Criador, viniese á ser su Medico; y que el mismo que le habia criado con su palabra viniese á curarle con su sangre: *Fusus est sanguis Medici, & factus est medicamentum Pbrenetici* (a).

Mas, por ventura, no se habrá visto pecador tan peligrosamente enfermo, como Agustino. No habia facultad ò potencia en su alma, que no estuviese acometida de muchas enfermedades. Todas sus pasiones la habian herido mortalmente; y apenas se podia discernir, si era mas aváro que ambicioso, ò mas ambicioso que impudico. El mismo confiesa ingenuamente, que los trabajos que padecia enseñando la Retorica, no se dirigian sino á conseguir gloria y riquezas; y que estaba á un mismo tiempo agitado de tres enfermedades, ambición, avaricia, è impureza: *Inhababam honoribus, lucris, conjugio, & tu irridebas, patiebar in eis cupiditatibus amarissimas difficultates*. Meditaba en cierta ocasion un Panegyrico para el Emperador; y hallandose afligido con una empresa tan difícil, encontró en las calles de Milán á un pobre, que habiendo ahogado en vino todas sus miserias, se regocijaba sin empacho de su misma embriaguez, y sin acordarse de su pobreza. Cotejó entonces Agustino su condicion con la de este miserable; y

Tom. II.

Kk

quid tunc lo: con-

(a) Aug. de quinq; hæres. mod. lib. 1.º cap. 1.º §. 1.º



confesó que la suya era mas deplorable: porque , como él decia despues á sus amigos , si nosotros buscamos el placer con tantos cuidados , éste lo halla sin pena ni cuidado alguno. Confieso , añadía , que el gozo de este infelíz no es verdadero; pero el que yo deseo y busco , es todavia mas falso. El consigue el suyo con el trabajo , y yo compro el mio con la mentira. El está lleno de vino ; pero yo lo estoy de ambicion. Su embriaguéz no durará mas que esta noche; pero la mia durará muchos años. Quando él despierte , se encontrará sano; pero que yo me acueste , ò que me levante , siempre me hallo acometido de la misma enfermedad. La avaricia no atormentaba menos el corazón de Agustino , que la ambicion. Y así , vendia su eloqüencia para adquirir riquezas ; sin considerar , que en este sobresaliente tráfico , empeñaba su misma libertad ; y que quando enseñaba á sus discipulos este arte de vencer á los hombres con las palabras , se dexaba vencer á sí mismo por el deseo de acopiar bienes de fortuna. Y así , al tiempo mismo en que intentaba curar á los hombres de la ignorancia , se dexaba él herir de la ambicion y de la codicia.

Pero de todas las enfermedades de Agustino , la mas peligrosa y obstinada era el amor impudico: porque ò bien porque era la mas conforme á su complexion , ò porque era la mas primogenita de su alma , ó porque finalmente hubiese tenido mas cuidado en mantenerla ; lo cierto es , que de ninguna se curó con mas trabajo. El habia empezado á amar desde que empezó á conocerse ; y así , confiesa con el mayor dolor , que la primera pasion que se apoderó de su alma fue el amor impudico. A esta pasion alimentaba Agustino con la lectura de los Poetas , y con la diversion de la comedia. Leía en el Poeta Romano las

locuras del amor de Dido , y quando lloraba la imaginaria muerte de esa Amante desesperada , no lloraba la verdadera muerte de su alma pecadora.

¿Qué cosa mas miserable se puede imaginar , que el estado de un infelíz que se condeule de Dido , y no se condeule de sí mismo? ¿que derrama lagrimas por lo que es puramente una fabula , y no las derrama por la verdadera historia de sus desgracias? Corria asimismo á todos los espectaculos , llevado de la pasion que le poseía. Y á la manera de aquellos enfermos , que hallan alivio en oír referir los males que otros padecen; así Agustino iba á ver en la comedia las imagenes de sus miserias. Y por un extraño humor se complacia , viendo representar sus inquietudes en cabeza agena. Freqüentemente sentia encenderse las pasiones en su alma con las de los Actores. Mezclaba sus lagrimas con las de ellos; y no advertia (tan ciego estaba como todo esto) que toda la vida de los amantes es una triste ò infelíz comedia.

Esta ulcera habia profundizado tanto en su alma , que el tiempo , que es el medico de los males incurables , no servia sino para envejecerla , y hacerla mas putrida y menos curable. Contra la condicion de todos los enfermos , que desean ansiosamente su salud , temia Agustino la suya ; y complaciendose cruelmente en su misma enfermedad , deseaba su continuacion , y temia su sanidad. Algunas veces la vergüenza , que es compañera del pecado , causaba en él algun deseo de la virtud , que suele parecer bella á los ojos de sus enemigos. Pero arrepentido de un deseo tan razonable , pedia al Cielo no le oyese , sino que difiriese para otro tiempo su curacion. Yo desconfio , Señores , de mis palabras , y temiendo que no manifiesten bastantemente las flaquezas y enfermedades de



Agustino, me valdré de sus terminos para declararlas, y haceros ver juntamente la desgracia de un impudico, la eloquencia de un orador, y la humildad de un penitente. Yo hallaba, (dice Agustino) yo hallaba placer en la vergonzosa enfermedad de mi carne; y lisongead de una mortifera dulzura, que me obligaba á amar la pena, temia la curativa; porque si acababa con mis males, acabaria tambien con mis delicias. Pero estrechado por una parte, por mi misma confusion y verguenza, y por acosado del placer, hacia á Dios súplicas incompatibles. Le pedia la continencia, pero le rogaba al mismo tiempo, no me la concediese tan presto ò por entonces; porque temia sanar de un mal tan gustoso, á quien mas queria satisfacer que extinguir. ¿Se puede, Señores, imaginar enfermedad mas peligrosa y cruel que la de Agustino? ¿Se puede tampoco pintar con terminos mas pateticos, ni mas humildes? ¿Se vió penitente, que haya confesado sus culpas con mayor dolor y confusion? ¿Pero no me confesais al mismo tiempo, que se necesitaba de una gracia eficazísima, para libertar á un hombre de una enfermedad tan quimerica y peligrosa, cuya curativa solo pertenecia á aquel Medico, á quien nada cuestan los milagros, y á quien, segun la Escritura, está reservado el poder de curar á los impudicos? *Quis potest facere mundum de immundo conceptum semine, nisi tu qui solus est?* (a) ¿Quién podrá producir, dice, castos pensamientos en un hombre nacido en la impureza, sino vos, que sois solo, esto es, sino vos, que halláis vuestra gloria y vuestra dicha en vuestra soledad,

y

(a) Job. 14. v. 4.

y que habiendo formado al hombre de un poco de barro para hacerle imagen vuestra, podeis aun quando os agrada, volverle á sacar del cieno de los deleytes para elevarle á la pureza de los Angeles?

Asi lo practicó, sin duda, con Agustino. Hizole, conocer, en primer lugar, que la continencia era un puro efecto de su gracia; y en segundo lugar le enseñó, que si el hombre no podia prometersela de sus fuerzas, debía esperarla de los socorros del Cielo. Aprendió, pues, Agustino de este Divino Maestro, que à su Magestad era à quien competia prescribirnos leyes, por ser nuestro Soberano, y à nosotros el pedirle su gracia para obedecerlas, y cumplirlas, porque somos sus esclavos. Convencido ya de estas razones, è instruido de sus propias experiencias, pedia à Dios la castidad con tantas lagrimas, que mereció alcanzarla de su divino libertador: *Da quod jubes, jube quod vis, jubes continentiam, da continentiam.* Su curacion, en fin, fue tan perfecta, que se admiraba de sí mismo y à sí mismo; y absorto del absoluto poder de la gracia medicinal, que habia hecho en su persona aquella milagrosa curativa, alentaba la esperanza de los impudicos con su propio exemplo; y por consiguiente, este enfermo, à quien la gracia habia curado, se consideró en la obligacion de procurar la curativa de los que padeciesen el mismo mal, que él por tan largo tiempo habia sufrido. Asi lo dixo tambien el mismo Agustino hablando de San Pablo: *Cæpit curare in aliis morbum quo ipse laboraverat.* ¡Ah! ¡quánta confianza no debe dar esta curativa á los que gimen baxo el rigor de este mal obstinado! ¡Pero, y quán obligados no deben considerarse, despues de haber hecho pruebas de sus debilidades en la inconstancia de sus irresoluciones, de



recurrir à la gracia de Jesu-Christo, è implorando el auxilio del hijo de la Virgen para combatir la impudicia! Pero nunca deberán olvidarse, de que este mal es contagioso; que se contrahe con la conversacion; que inficiona facilisimamente aquellos lugares, donde se ha contrahido; y por consiguiente, que sería tentar à Dios, exponerse al peligro, para obligar à su Magestad à libertarnos de él por medio de un milagro. Mas concluyamos con las maravillas de la gracia, haciendos ver à un muerto resucitado en la persona de Agustino.

#### PUNTO QUARTO.

San Pedro Chrysologo dixo con mucha razon, que la vida del pecador no merecia llamarse vida, sino languidez, por estar destituida de fuerzas; ò fiebre, por estar consumida del calor de la concupiscencia; ò frenesí, por haber perdido el uso de la razon: *Peccatoris vita aut languor est, aut febris, aut frenesis* (a). Pero el mismo Santo, con mas reflexion y acierto, añade, que un hombre sepultado en la culpa, era mas propriamente cadaver, que viviente: *In homine vitis sepulto non homo, sed cadaver cernitur*. Y la Sagrada Escritura nos enseña, que el alma que peca, se dá la muerte; y que de todas las muertes, la mas vergonzosa y cruel es la de los pecadores: *Mors peccatorum pessima*. Y de hecho, como el alma es la vida del cuerpo, así Dios es la vida del alma; y como el cuerpo muere quando se separa del alma así el alma muere quando se aparta de Dios: *Anima amissa*, dice San Agustín: *Mors corporis;*  
*Deus*

(a) Chrysologo Ser. 41.

*Deus amissus mors animæ*. Es, à la verdad, un prodigio, que el hombre pecador sea muerto, y vivo; muerto en el alma, y vivo en el cuerpo; y que esta alma, aunque muerta, vivifique al cuerpo con su presencia. Pero este milagro acontece frequentisimamente en el mundo. Y así, vemos à cada momento à estos horribles aspectos, que muertos à la gracia, viven à la naturaleza; y que habiendo perdido la caridad y aun la fé, gozan todavia el uso de los sentidos y de la razon.

Uno de estos, pues, era Agustino antes de convertirse. Estaba muerto, porque habiendose empeñado en el error, habia perdido la fé, que es el principio de la vida sobrenatural. Era muerto, porque se habia separado del Criador por unirse à la criatura; y segun sus mismos principios, no puede vivir el hombre por la posesion de una criatura, que ò le es inferior, ò quando mas, igual. Era muerto, porque amandose à sí mismo, no amaba à Dios; y por un justo castigo hallaba en sí mismo la muerte, pues no queria buscarla en Dios. Amaba la vida feliz, pero como si temiera el encontrarla en su propia fuente, se alejaba de ella, y la iba à buscar en los cenagales de la tierra. Y así su languida ò enfermiza vida era una enfadosa y triste muerte, porque no pudiendo vivir, aun con el goce de todos aquellos objetos que lisonjaban su corazon, por no ser capaces de satisfacerle, sufría las penas que padecen todos los pecadores, que apartandose de su Criador, hallan su justo castigo en el amor de la criatura. Este muerto miserable, à quien Dios solamente permitia aquella vida, que era necesaria para sentir su pena, no se valia, à lo menos, de estos restos vitales para implorar el socorro de Jesu-Christo. Y así, si la gracia no le hubiera



extrahido de aquel fenestido sepulcro en que estaba sepultado, hubiera descendido à los infernos, para ser pasto de aquella muerte, que nunca se ha de acabar.

Pero en fin, el Cielo, movido de las lagrimas de Monica, le dió la vida resucitando à un hijo, que por espacio de tantos años habia llorado. Este milagro se obró con grande pompa y ceremonia. El Hijo de Dios alzó su voz, para hacerse oír de este muerto. Le lloró juntamente por los ojos de su sierva Monica. Hirióle, asimismo, para volverle el sentido, antes de darle la vida. Mezcló, digo, las asperezas con todas sus dulzuras; le hirió para curarle; y (si así puede decirse) le mató para darle vida: *Percutis ut sanes, & occidis nos ne moriamur abs te* (a). En virtud de esta amorosa y paternal providencia del Altísimo, Agustino no hallaba ya placer alguno en su metodo de vida; antes bien, encontrando penas en todas las terrenas delicias, necesidades en las riquezas, y aun infamia en los honores; concibió horror y desprecio de todas las cosas que antes apreciaba y queria. Reducido, pues, à este estado, y empezando à resentir sus miserias, levantó los ojos al Cielo, y reconoció por la experiencia, que era necesario buscar su felicidad y su vida en su Criador. Y en virtud de esto, peleó largo tiempo con sus malas inclinaciones, y agoviado baxo la pesadéz de sus antiguas costumbres, sufrió todas las penas del mundo para salir de su sepulcro. Tan presto le levantaba de la tierra la hermosura de Dios, tan presto le abatía la pesadéz de sus pecados; y cayendo y levantando mil veces, no podia asegurar si era del nombre.

(a) Aug. Conf. c. 2.

méro de los muertos ò de los vivos: *ambidua il*  
 En fin, la gracia victoriosa le arrancó de entre las manos de la muerte; y una voz; no menos poderosa, que la que resucitó à Lazaro, le sacó del sepulcro y del error en que despues de tantos años se hallaba sepultado. Y porque él sabia muy bien, que no habian contribuido menos las lagrimas de Monica, para volverle la vida, que las de Maria Magdalena, para alcanzar la de Lazaro; apenas se halló resucitado, corrió á buscarla, y la contó todo lo sucedido en aquel milagro. Su madre, como era regular, se llenó de regocijo, como hizo la afligida viuda del Evangelio, quando vió á su hijo levantarse del Fretro. Triunfó Monica en este caso, como que habia vencido al Demonio, y libertado á su hijo de la muerte, y empleando, por modo de reconocimiento de esta gracia, los mismos medios que habia empleado para conseguirla, derramó lagrimas, no yá de dolor, sino de gozo y alegría: *Esultat, & triumphat; convertisti enim luctum ejus in gaudium* (a). Pero la nueva vida que recibió Agustino en esta resurreccion, fue prodigiosa, porque no era yá aquel ciego, que despues de haber sido engañado, trataba de seducir à los demás, sino un Doctor iluminado, que hacia participante de su luz á todo el mundo. No era yá aquel esclavo, que no podia respirar con la pesadéz de sus yerros, sino un hombre á quien la gracia habia dado libertad, y que lleno de zelo y de amor, procuraba romper las cadenas de los demás pecadores, y de hacerlos libres. No era yá aquel enfermo extenuado, incapaz de vencer la menor tentacion de

(a) Aug. Conf. cap. 12.



la ambicion y de la impudicia , sino un hombre robusto , que empleaba su salud en servicio de aquel que le habia curado ; ò por mejor decir , era un caritativo Medico , que sabia por su experiencia , hacia curas milagrosas en la persona de todos los enfermos que imploraban su socorro. No era yá , en fin , un muerto sepultado en la culpa ; sino un Christiano resucitado por la gracia , que no tenia otros deseos que los del Cielo , ni otras esperanzas , que las de la eternidad.

Si vosotros estais aun en aquel estado deplorable , en que se hallaba Agustino quando Monica le lloraba , no desesperéis ; la Iglesia tiene mayor ternura por vosotros , que Monica por Agustino ; y si no os oponéis à sus ruegos con vuestra obstinacion , alcanzará de su Esposo , que la gracia , como luz , abra los ojos de vuestra alma ; como fuerza , rompa vuestras cadenas ; como medicina , cure vuestras enfermedades ; como vida , os libre de la muerte ; y despues de haberos resucitado en la tierra , os haga triunfantes en el Cielo. Amen.



## SERMON

## DE SAN BERNABÉ.

*Segregate mihi Saulum & Barnabam in opus ad quod assumpsi eos. Actuum Apostolorum cap. 13. vers. 2.*

SI alguna vez los Predicadores tuvieron motivo para interesarse en los elogios de un hombre mortal , es preciso decir , que fue en los de Bernabé , por haber sido elegido por Dios con San Pablo , para ser el Apostol de los Gentiles , y para predicar el Evangelio en todo el mundo. Hasta entonces , no habia sido Dios conocido , al parecer , mas que en la Judéa , ni su hijo parecia haber muerto , sino por la salvacion de los Judios. Pero la Mision de Bernabé nos asegura , que Dios quiso ser adorado en todo el Universo , y que Jesu-Christo fue sacrificado en la Cruz por la redencion de todos los hombres ; porque la Mision de este Santo Apostol no reconoció terminos , pues fue comisionado por aquel Señor , que le embió con San Pablo , para correr todo el mundo , tomar posesion del Imperio que Jesu-Christo habia adquirido con su muerte , y predicar indistintamente á todos los pueblos de la tierra. Los Profetas no tenian permiso para salir de Judéa ; y por grande que fuese la eloqüencia y la autoridad , que Dios les habia dado en el mundo , no podian usar de ellas , sino para con-